

PRESENCIAS Y EVOCACIONES DE UN GRAN MÉDICO, JOSÉ MARÍA SILLERO FERNÁNDEZ DE CAÑETE

José Antonio Rosell Antón
Consejero del IEG

RESUMEN: La memoria nos devuelve en su gentileza, las vivencias de los personajes que han hecho una historia productiva. En este caso, cuanto pueda escribirse y comentarse sobre José M^a Sillero, es una reseña insuficiente por lo que envuelve su personalidad, pues se trata de un ejemplo vivo de la eficiencia que entra en la historia por la puerta grande por su erudición, por su particularidad, por su honbría de bien, por su ejemplo, por su estatura moral, por su concepción conservadora de la tradición y porque el reconocimiento que se le debe, ha de ser conforme al merecido respeto que alcanza su obra.

ABSTRACT: The memory, in his kindness, returns us the experiences of characters that have a productive history. In this case, all that we can write and comment about Jose María Sillero would be an insufficient review of his personality, because it is a living example of the efficiency that comes triumphantly into the story for his great erudition, for his particularity, for his honesty, for to set an example, for his conception of conservative tradition and because the recognition that it is owed must be in accordance with the respect his work deserves

En una mañana cálida y tranquila sobre la ladera sur del gran monte Sueve, la luz entra delicadamente por el gran ventanal que deja ver el asombroso paisaje de la alta montaña, un esplendoroso escenario que me hace meditar sobre el encargo de mi amigo Profesor Juan Jiménez: «*Debes hacer un capítulo sobre las vivencias que tengas de José María Sillero*».

Sentado sobre una cómoda y típica butaca, de la añosa casona mi vista, a través de la gran galería, distingue en lontananza una quietud impresionante. El generoso mirador hace que me sienta cabalgado sobre algo vaporoso flotando sobre un manto de nubes bajas. El espectáculo brinda la oportunidad de imaginar un valle oculto por un mar refulgente y voluptuoso, donde asoman tímidamente las cimas de los pequeños cerros simulando islas en un lago de nieve. A lo lejos, el excelso horizonte



se mostraba majestuoso, enmarcado por la brava cordillera cántabra con su erguido macizo de los Picos de Europa. En este ambiente de inspiración y reflexión pienso sobre el tema: José M^a. Sillero.

A MODO DE INTRODUCCIÓN. Era, y es, para mi un reto tratar de llevar al papel una historia tan próxima y tan inseparable, primero por la amistad que hemos desarrollado a lo largo de tantos años y donde podría advertirse cierta parcialidad, aunque sea real cuanto sostiene; segundo porque, es evidente, significa una responsabilidad hablar de una figura como la que se me ha recomendado, pues multitud de datos, tal vez los más esenciales, pueden ser desconocidos u olvidados. Escribir sobre José M^a es complicado, y aunque parezca un contrasentido, sucede como cuando se pretende evocar aquello que es sencillo, como todo lo que es real y auténtico. No obstante me arriesgaré al encargo que se me invita.

Es difícil en la vida poder encontrar personas con quien la empatía y entendimiento puedan llegar a tan alto nivel. En estos casos se suele decir: son buenos amigos, almas gemela, buena sintonía, compenetración, química, filin entre ambos, etc. (sólo discrepamos cuando el tema trata de perros, mes definiendo que son incondicionales y fieles amigos del hombre —*cuanto más conozco a la gente, más quiero a mi perro*, como diría aquel sabio—, y él piensa, como médico, que son portadores de enfermedades, aunque en el fondo reconoce haber tenido uno en su infancia). En definitiva lo que surge entre ambos es un vínculo cuya condición deriva hacia

la amistad inquebrantable, la cual comparte una misma escala de valores: fines, tolerancia, visión político social, trabajo y un largo etc.

Mi recuerdo (hace más de 40 años) era de un hombre cuya apariencia (que ahora parece frágil), en aquel tiempo poseía una fortaleza física envidiable, nervudo y ágil de palabra con un poderoso interior intelectual, donde asomaba, a veces, un carácter fuerte pero conciliador.

COMIENZO DE UNA DISCIPLINA. Me viene a la memoria un comentario del Profesor MARIANO F. ZÚMEL (fue Presidente de la Sociedad Española de Médicos Escritores. Dep.): *«Ser médico, siempre ha sido y creo que en el futuro seguirá siendo, una vocación estremecida de sentir en el deseo de ayudar a curar al semejante.*

Podrán surgir circunstancias, transitorias como sucede actualmente, por la masificación social de la Medicina, sufrir aparentemente o en realidad, deterioros administrativos, que se reflejan en la relación médico – enfermo y rompe la armonía íntima de su comunión, tan útil para la curación.

...

Es bien conocido en todo el mundo, que saben y dicen que un enfermo en España siempre encontrará médicos con gran sensibilidad con los que en unos días de tratamiento hará una sincera amistad, que tanto consuela al enfermo.

...

Es de admirar en nuestros investigadores, lo que supuso llegar a grandes descubrimientos en Histología, Laboratorio, Fisiología y Medicina en ambientes de gran modestia y escasez de medios económicos, pero todo ello suplido con una vocación de entrega, que han sido verdaderos misioneros de la Ciencia...».

Por su parte García Sabell dijo: *«La Historia...es la vida misma, con sus contradicciones, con sus aporías, con sus complejidades. La Historia no pude escabullirse de ella. En ella está, a ella sirve, de ella toma aliento y por ella se inserta en el tiempo»*

Y Laín; *«El conocimiento de la historia ofrece integridad del saber, dignidad moral, claridad intelectual, libertad de la mente y cierta opción en la originalidad,... hecho aplicable a cualquier especialidad»*

El gran concepto de Historia, debe ser conocida y comprendida para encontrar el punto justo de compromiso entre la profesión médica y la sociedad, pues recoge los testimonios de las personas, de los hechos, de

las responsabilidades y vivencia a través del tiempo, aunque pueda «filtrarse» un concepto no del todo correcto, pero no por ello ha de alejarnos de nuestro pasado. C. Sánchez Albornoz acuñó: «El historiador tiene el deber de no dejarse ganar ni por la saña ni por la hipérbole».

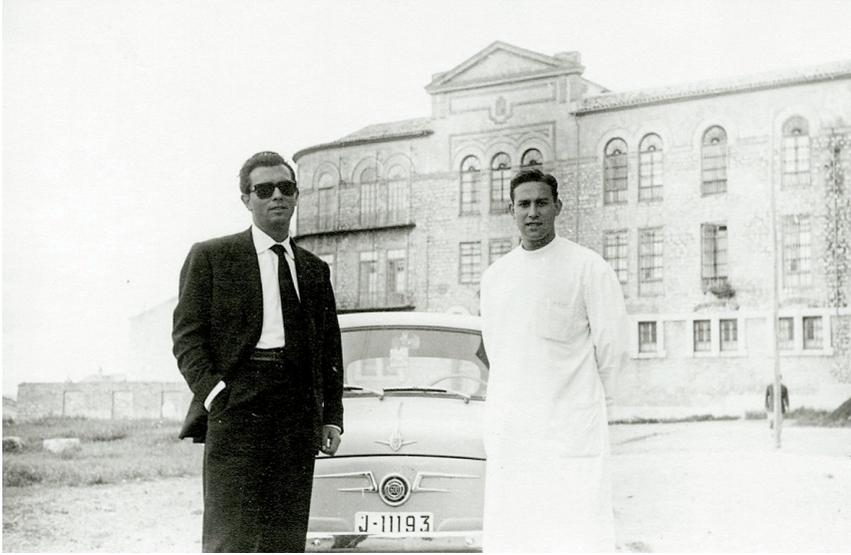
Mucho o todo lo que nuestros predecesores han escrito podría ajustarse al comentario sobre José M^a, quien entra en la historia por la puerta grande por su erudición, por su personalidad, por su hombría de bien, por su ejemplo, por su estatura moral, por su concepción conservadora de la tradición y porque el reconocimiento debe ser proporcional al merecido respeto de su obra.

Aun juzgando sobre la profunda competencia que tiene de la Medicina el Dr. Sillero, bajo mi punto de vista, ha sido y es un autodidacta: lo ha aprendido con su experiencia; un profesional que aplica cuanto le enseñan los enfermos, sus alumnos y la colectividad en general. Es decir asimila y entiende la enfermedad de la que se sirve, luego decide con visión reflexiva la terapéutica a seguir,

Fue jubilado joven del ejercicio profesional, 64 años, y si se hubiera podido disponer en aquel tiempo de las oportunidades de reincorporación pública, ahora seguiría siendo un emérito imprescindible en cualquier centro docente de Medicina



Primeros colaboradores en S. J. de Dios



Dr. Sillero y Dr. A. Gómez

Modesta biografía. Pues bien, si no estoy confundido, fue allá por el año 1928, el 14 de diciembre, cuando Granada vio nacer al que con el paso del tiempo se convertiría en uno de los hijos más ilustres de esa ciudad. Su padre de Algarinejo (terreno quebrado; con olivares, viñedos y cereales y abundante en caza), cercano a Montefrío de donde procedía su madre (lugar de recias creencias morales; nombradas cuevas —de los Gitanos—, tejidos de hilo y algodón; y un ambiente con dehesas salpicadas de magníficas cuencas paisajísticas en un mundo que alterna el bosque mediterráneo de montaña con los mares de olivos; incluso con la historia de ser liberada por los Reyes Católicos), eran lugares donde existía una gran tranquilidad, pero difícil compartirla con la educación que deseaba para los hijos; y su padre decidió trasladarse a la Capital donde nacieron los retoños, de esta manera pudo cumplir el anhelo de dar una formación acorde con sus aspiraciones: una educación universitaria. Y así, con el tiempo, nacieron José M^a y su hermano Francisco. En su época estudiantil, José M^a, haría un bachillerato con distinción especial en el Colegio de los Escolapios.

La afición de José M^a por la medicina fue tal vez una casualidad; de igual manera podría haber escogido Derecho, como su entrañable hermano (Dep.), que fue Magistrado de la Audiencia de Granada; pero estaba escrito, para suerte de todos, que fuese médico: ¡con 21 años!, con expediente excepcional. Diría que lo fue de forma natural: sin saberlo se había conducido con una fe ciega a la Medicina, y ello por la admiración hacía

los maestros de la Patología General, hecho que le llevaría a convertirse en un prestigioso y destacado médico, devoto de un elaborado y excelente trabajo clínico y docente, una labor que ejercería junto al Profesor de la Higuera en Granada, y después sería su imprescindible colaborador. Formado por tanto en la cátedra de Granada, pero su ciencia se incrementaría a lo largo de los años al entrar en contacto con los enfermos hospitalarios.

Ya desde muy joven despertó en él un deseo de superación favorecido por una gran voluntad acompañada de un envidiable concepto de la ética y la responsabilidad, atributos que con firme carácter le llevarían a lo más alto de la profesión. Su fin era intentar mejorar continuamente la asistencia al paciente, y no para beneficio personal sino para compartir cuanto estudiaba, aprendía y experimentaba con cuantos le rodeaban. Es, como digo, una pasión la Medicina donde aparecen fundidas la doble vocación del médico y del profesor universitario (esta faceta, tal vez, hubiese sido una de sus aspiraciones) Allí dejó multitud de amigos, compañeros y alumnos que pasados los años, fueron catedráticos o Jefes de Servicio o bien profesionales en distintos hospitales nacionales. Todos le recuerdan como un hombre de aula por su claridad y agudeza de conceptos.

ETAPA HOSPITALARIA GIENNENSE. PRINCIPIOS Y CONTINGENCIAS DE SU NUEVA MISIÓN. Ya con esas aptitudes docentes se presentó (1956) a la oposición de la Beneficencia Provincial de Jaén, una reñida convocatoria nacional por la gran calidad de los opositores. No hay que decir que hubo unanimidad en el Tribunal (con algunas anécdotas muy positivas



Dr. Sillero a principios de la década de los sesenta

a su favor), ganándola el 14 de diciembre, precisamente su cumpleaños. La felicitación a su examen fue por aclamación como digo, aunque él guarda especial mención para alguno de los integrantes del tribunal. Se le otorgó al siguiente año la plaza, y una vez incorporado (con una acogida calurosísima por el cuerpo médico de la Beneficencia Provincial), ejerció su maestría en aquel vetusto pero entrañable Hospital de San Juan de Dios (luego sería la sede del Instituto de Estudios Giennenses): Hospital carente de la infraestructura sanitaria mínima y precisa exigible

para confort de los pacientes (Insuficiente calefacción y muy escasa iluminación eléctrica en las enormes salas de encamamiento)

Cuenta como anécdota que el frío invernal era tal, que se les congelaban los medios del laboratorio inventándoseles con remedios caseros para que no influyera o tuviera una posible acción negativa sobre los principios activos, lo cual, obviamente, alteraría los resultados. Sin embargo, aún con los paupérrimos medios que ofrecía el centro hospitalario, logró cohesionar un servicio y acceder a una asistencia clínica aceptable en lo personal y en lo clínico. Podría decirse que de él mana directa o indirectamente todo el auxilio médico hospitalario acompañado por un pequeño puñado de alumnos colaboradores; pues hasta entonces no había un servicio de Medicina Interna bien estructurado, aunque hubiera excelentes especialistas.



Equipo de futbol finales del año 1959 (en círculo Sillero, a su izquierda Rosell, de rodillas Juan Solís y de pie, en el extremo de su derecha Antonio Gómez, el resto no eran de la profesión pero sí grandes amigos)

No cabe duda, fue un médico adelantado en su tiempo, un pionero en una disciplina rigurosamente necesaria en aquel antiguo hospital. Pocos años después, al desplazarse al «Centro Hospitalario Princesa de España», aquel centro sanitario sufriría saqueos, desplome de los techos y paredes: un final desgraciado; pero más tarde se recuperaría para el mencionado fin.

Sus conocimientos médicos se debían a sus constantes estudios de revistas y artículos de ponencias, asistencia a cursos y congresos y libros especializados (alguna vez le he acompañado a su librería preferida de Granada), que constituían su lectura preferida.

Una anécdota contada por un amigo de ambos (Cristóbal Aranda Almazán. Dep.), aunque pueda molestar a José María, lo comentaré: Era tal su deseo de aprendizaje, de adentrarse en el estudio de Medicina, que en su viaje de novios no faltó algún libro o revista al respecto ¿?.

Recuerdo, cuando yo estudiante en Madrid regresaba en vacaciones a casa de mis padres, no perdía la ocasión de ir a jugar al fútbol con el equipo que él había formado con un grupo de amigos, entre ellos el entrañable «Cristobillas». Jugábamos en las inmediaciones de «Vaciacostales» o en el campo de deportes de «Los Prados». He de decir que era bastante «leñero», y se enfadaba frecuentemente, siempre quería ser el ganador, luego todo quedaba entre amigos.



Portada de la monografía personal: «26 años en el 'Hospital Princesa de España'»

Si se forjó su personalidad y desarrolló su vocación al lado de su gran maestro, fue sobre todo junto a sus colaboradores del Hospital Princesa de España, donde se realizó y vio sus esperanzas cumplidas. Un centro que fue actor pasivo y testigo de excepción de la evolución de la Medicina Interna. Se diría que el hospital fue su sana y crónica pasión, donde encontró no solo lo lenitivo de todas sus angustias, sino también la fuente inagotable de su formación de médico creador y pulcro escritor, al tiempo que capaz director del mismo. Se erigió en un maestro cuyas clases o sesiones clínicas sucedían amenas, dotadas de un mensaje realista de la enfermedad bajo una óptica razonada, donde enseñó y aún lo hace en otros foros, con un espíritu crítico, metódico y creativo. Sagaz en el diagnóstico de las enfermedades más complicadas al tiempo que eficaz en el tratamiento.

Como apuntó el Doctor Salido: «*En feliz expresión de los médicos del Servicio, el Dr. Sillero siempre actuó en nuestra ayuda, fue él el verdadero ayudante nuestro*»... «*A todos nos unía el interés por la Medicina, nuestro denominador común: El Dr. Sillero*»... «*La docencia se practicaba a diario con el repaso y comentarios de los enfermos encamados en el día anterior... , además de mesas redondas sobre diversos congresos, reuniones de las distintas sociedades científicas, etc.*»... «*nuestro jefe había sido un fiel practicante de los dos grandes ideales de la medicina hipocrática, que desde la antigua Grecia habían sido la llamada ‘areté’ o virtud, así como la ‘filia’ o amistad a lo largo de su desempeño profesional, siempre con gran inquietud en su mejora científica, y con gran cercanía y amistad hacia sus enfermos así como a sus compañeros médicos*»

Esta actitud de sus colaboradores médicos, de igual manera, se palpaba en sus alumnos de Enfermería: al principio ATS: Ayudante Técnico Sanitario y después DUE: Diplomado Universitario de Enfermería, donde volvimos a coincidir como profesores unos años. Un ambiente que durante muchos años enseñó las asignaturas correspondientes a su Disciplina.

En el transcurso del tiempo, algunos especialistas de gran renombre de otras ciudades, cuando eran visitados por algún enfermo de Jaén, solían comentar: «*¿cómo viene Ud. a nuestra consulta cuando tienen Uds. en Jaén a uno de los mejores médicos de Andalucía?*». Por su parte, a veces, recordaba a Don Gregorio Marañón o Jiménez Díaz, mostrando sus impresiones de éstos a través de enfermos comunes. De igual manera gustaba recordar a Laín Entralgo o Rof Carballo, de quienes encantaba exponer algunas reflexiones. Y es que tenía y tiene un don especial para curar: jamás tenía prisa, escuchaba atentamente y después procedía a hacer las pruebas pertinentes. Siempre decía la verdad al paciente, aunque fuese dura la opinión del pronóstico, pero tenía la cualidad de hacerle colaborador al propio enfermo en el proceso del tratamiento. Y por miles habría que contar los pacientes que ha tratado con esa actitud siempre cortés.

Bajo mi punto de vista, José M^a, es, en cierto modo, algo ingenuo pues derrocha una gran capacidad de ilusión y creación que defendía y defiende con autoridad. Siempre ha odiado la violencia, la suciedad, el ruido, la pereza, la pedantería oponiéndose frontalmente a la estupidez dogmática.

Aludo al impacto que me produjo la primera sesión de la Junta Facultativa del «Centro Hospitalario Princesa de España». Yo acababa de incorporarme al servicio de Otorrinolaringología (1974) y, lógicamente, el Servicio estaba desasistido en infraestructura por la novedad del Centro. Mis solicitudes fueron de inmediato subsanadas, pero sobre todo, y es la

causa de estas líneas, conocí de cerca a los distintos componentes de la Dirección de las distintas especialidades del centro. La calidad humana, la preparación de los mismos, los debates siempre positivos en beneficio del centro, la lucha por levantar el hospital, era algo que contagiaba. No había distinciones entre especialidades, y la actitud de sus componentes me admiraba. Yo venía de un centro muy grande y preparado, pero no tanto en esta faceta humana y humanística que se trataba de implantar en el «CHPE». EL Director Gerente, Sr. Villagrán y el Director Médico Doctor. Sillero, con autorizada moderación, daban muestras de una armonía y entendimiento a las propuestas que se les requerían con un talante conciliador, hecho que invitaba a coincidir en sus desvelos retrasando algunas de las solicitudes que se proponían. Durante esta época, aún se recuerda con añoranza, el liderazgo que lucía en los plenos de la Junta Facultativa.

Fue un tiempo en que las técnicas iban modernizándose cada día y, el Dr. Sillero, nos requería colaboración a las especialidades (técnicas de punción traqueal, aspiración intrasinusal, punción de quistes tiroideos, biopsias de mucosas, broncoscopias, etc. en nuestro caso), para orientar diagnósticos y actualizar terapéuticas. Hecho que nos animaba a trabajar con gran interés y nos permitía conocer procedimientos para casos de excepción.

Hay en su haber un gran lema: sentirse en la obligación de comunicar con la medicina de la provincia y de nuestra ciudad, así, de esta manera, impartió durante tantos años los cursos de Enseñanza Médica Continuada donde se agrupaban desde las tempranas horas sabatinas, no sólo los médicos del centro sino foráneos de la provincia. Las sesiones acaparaban multitud de asistentes: médicos, enfermería, auxiliares de clínica, incluso recuerdo en ocasiones a personal de administración y de mantenimiento (dependiendo del tema a tratar). Temática que previamente nos ocupábamos de comunicar su anuncio en distintos lugares del centro. En este sentido, durante más de 20 años, tuve la oportunidad de organizar 13 Congresos (*JORNADAS DE OTORRINOLARINGOLOGÍA Y PATOLOGÍA CÉRVICO-FACIAL*), donde, y he de asumirlo, siempre estuve apoyado por nuestro Director, quien a su vez participaba en más de una ocasión en las mismas; sesiones donde, una vez concluía su actuación, me preguntaban los integrantes de las asambleas sobre la calidad del Dr. Sillero (Ciges, Poch, Zavala, Trasserra, Capellá, Sacristán, Antolí Candela y un largo etc.), lo cual me enorgullecía por dar a conocer los profesionales del Centro donde trabajábamos, al mismo tiempo que su valoración significaba un triunfo del Congreso



El enorme trabajo de esos años quedó plasmado en los 18 volúmenes que constituyeron los *ANALES DEL CENTRO HOSPITALARIO «PRINCESA DE ESPAÑA»*. Ejemplares donde pueden encontrarse una gran cantidad de temas, aún útiles para cualquiera que desee tener conocimiento de los estudios que se hacían. Si no me equivoco, alrededor de 70 conferencias anuales (unas mil en el transcurso de los años); y él, creo, que participó en más de trescientas. Esta centenaria aportación de lecciones se encuentra incluida en los tomos referidos, que, a mi juicio, deberían ser rescatadas de los archivos y reeditarse; tal vez con otro formato.

UNA PAUSA EN EL RECUERDO. Había transcurrido la mañana y la mirada al exterior me hizo advertir que la nubosidad que antes confinaba el valle en su naturaleza, se había disipado y dejaba ver su grandeza: ahora las laderas y ciertas cimas (antes islas) se distinguían cubiertas de verdes pastos rodeadas por un arbolado que pretendía limitar propiedades, sugiriendo gran diversificación de arbolado: abedules, fresnos, robles, avellanos, nogales, etc., hecho que daba un matiz pastoril, natural y sencillo. La coloración, con el potente fanal refulgente del sol, descubría una serie de matices donde el verde oscuro se tornaba en una tonalidad suave cambiando el paisaje. Entre unos y otros, de pronto, se destacaba erguida alguna espesura de la fronda, encubriendo un bosquecillo cerrado que incitaba cierta curiosidad timorata. Un límpido ambiente se percibía a lo

largo de la profundidad y lejanía. Pero era momento de no seguir idealizando; retiré la mirada de la magnífica panorámica y la dispuse hacia mis páginas continuando con mis memorias

COMO ANÉCDOTA. Previo a las sesiones sabatinas, Ramón Sánchez Palencia y yo, nos íbamos al quiosquillo de Mengíbar para degustar los consabidos churros, después, a toda velocidad, regresábamos a la sesión de las nueve. Con el tiempo se fueron añadiendo compañeros y otros lo abandonaban, hasta que en los años noventa, jubilados José María, José Luis Villagrán y Gabriel Arroyo se añadieron al equipo «churrero». Más tarde cambiaríamos a Torredelcampo, aumentando paulatinamente el grupo hasta constituirse el que hoy persiste (Manuel Quesada, Rafael Maza, Guillermo Castillo, incorporándose últimamente Don Miguel Funes, párroco emérito de la Iglesia de San Miguel), ya en nuestra ciudad. Tertulias de intenso contenido multitemático: deportivo, político, sanitario, social, periodístico, familiar, etc.; debates muy ilustrativos de consenso o no pero si convincentes. Lo atractivo de la reunión era y es tal, que muchas veces acelerábamos la vuelta de los viajes para poder estar en el «cónclave» de los sábados. Aún hoy, personalmente, aunque que mi residencia está en Madrid, sueño y procuro cada quince días asistir a la velada. En ellas, el perfil tan particular de José María nos ha deleitado y nos atrae con sus diálogos, a veces dilatados en el tiempo, y es que José María siempre tiene muchas cosas en su mente, mucho que contar; aunque los demás nos deja poca capacidad de decir algo (ironías aparte), y es que sus temas tan actuales vivifican nuestro discernir al conocer sus opiniones que, a la postre, son las nuestras.

Volviendo a nuestro hombre médico, diría que es una persona diversa en el ejercicio de la profesión, ya que abarcaba otras muchas disciplinas médicas (me llamaba la atención que tuviese un conocimiento tan definido de la otorrinolaringología y, particularmente, de los grandes síndromes del desequilibrio, mareo, olfacción, cefalea, etc.) Otra de sus aspiraciones es la música con la que estudia y disfruta –pues es un entusiasta melómano–, recreándose en la polifonía y en la sinfonía clásica, hecho que se traduce en una extensa biblio-discoteca en su hogar

Como he comentado, nunca fue hombre entrado en carnes, más bien delgado pero de complexión física fuerte y de talante brioso y cortés; ahora su físico, su apariencia, algo pretérita por la evolución de los años, puede equivocarnos ya que su carácter y energía permanecen intactos. Su tenacidad y admirable vitalidad, similar a la que caracteriza a los añosos olivos de nuestro entorno, que superviven vigorosamente a las incle-

mencias climatológicas de duros inviernos y calurosos veranos, y junto a su sano apasionamiento, logra con éxito mantener su intelecto absolutamente conservado, yo diría que incrementado, cumpliendo con la misión esencial que se había trazado.

Recuerdo haberle regalado, mejor mi esposa Mercedes, un facsímil de medicina del siglo XIX; él, como es de suponer, lo analizó, lo argumentó e hizo una crónica escrita del contenido que trasladó a una edición, y una copia para Mercedes. Nunca lo esperamos, y como siempre nos sorprendió, por la perspicacia, razonamiento y juicios.

La oportunidad que tuvo de formar parte de la Dirección del «CHPE» y del Servicio de Medicina Interna, le valió el reconocimiento, junto a la añoranza del conjunto del staff ya que le valoró en su justa medida al tener que perder una mente tan preclara. Me recuerda, cuando nos referimos a la labor que ha hecho en el centro, aquella cita de Miguel Ángel al ser preguntado por una de sus grandiosas obras: no sé si es literal pero algo así respondió ante un bloque de piedra: *No he hecho gran cosa, sólo he quitado lo que le sobraba a la obra que estaba dentro.*



Patio de la sede del IEG



Sillero en un hospital naciente, nuevo, eso si ilusionado, supo extraer cuanto había en su interior para mostrarlo al entorno la forma de hacer una excelente labor en la Salud Pública

PERÍODO AL FRENTE DEL IEG
Además de su dilatada dedicación médica tiene en su haber una destacada trayectoria reflejada en su delegado deber en el Instituto de Estudios Giennenses; primero como Consejero Numerario y luego como Consejero-Director. Una Institución que, como sabe-

mos, aglutina una multidisciplinaria alineación de Ciencias y Letras, en donde se fomenta el estudio, investigación, desarrollo de la historia, ciencia, arte, actualidad y devenir de la provincia, etc.; y donde su labor quedó señalada en las Actas durante el periodo de 16 años (1992-2008).

A todos los que con él hemos compartido tareas directivas tanto en los servicios hospitalarios como en la institución, nos marcó con una huella imborrable y un ejemplo imperecedero su bondad, sencillez, constancia, afabilidad, cercanía y magnanimidad. Tengo a mi favor respecto a esta época, el haberlo conocido desde hace muchos años atrás; los que después han tenido la oportunidad de departir con él en el ámbito del IEG, estoy seguro, encontraron un hombre de gran criterio, siempre de frente, cara amable, verbo fácil y de conceptos claros. Un hombre afortunado en el saber estar, en el saber decir y en el saber vivir, que trabajó y se ocupó con honestidad en el más entrañable calor humano. Actitud que transfirió con un talante de firmeza en cuantas obligaciones tuvo como coordinador o director de la Institución. Su trayectoria en la Corporación está muy bien recogida en la monografía dirigida por nuestra amiga Maribel Pedrosa y él mismo, publicada no hace mucho tiempo con el título de «*Tres lustros de vida académica en el IEG*», lugar donde se puede encontrar la enorme producción de quince años, y se aprecia su capacidad de cohesión con las distintas disciplinas, algunas disparejas, en beneficio de la Institución en particular y de Jaén en general

OTROS ASPECTOS NOTABLES. Varias Instituciones quisieron tenerlo en su seno como la Asociación de Médicos Escritores y Artistas (A.S.E.M.E.Y.A.); en la que intervino el Dr. Don Rafael Ocaña Contreras, un excelente médico de familia de la provincia (Torredonjimeno), además de ser paciente suyo, quien perteneciendo a la Asociación solicitó su ingreso (el Doctor Sillero nunca lo hizo a título personal ya que se lo impedía su forma de ser, su modestia, por ser poco amigo de sus honores, y que es preceptivo que así lo soliciten los candidatos). De esta manera, la solicitud, llegaría al secretario, Doctor Don Francisco Redondo (por cierto de la ciudad de Úbeda y después gran amigo de José M^a así como de la Sección de Medicina de nuestra Institución, quien dictó una excelente conferencia en el homenaje al Dr. Sillero); él, gustosamente, dirigió los precisos trámites para que entrara a formar parte de la Asociación; medio donde mantiene un vínculo entrañable por su cualidad moderadora y buen hacer en la temática paramédica; como se demostró con la presencia y recuerdo de algunos integrantes de la misma el día que la Sección de Medicina le dedicó un homenaje como final en la gestión en

la Dirección del IEG; ocasión en la que abundaron multitud de cartas, mensajes de adhesión, crónicas en los medios y otras muestras de cariño por vía telefónica. Bertoil Brescht anotó sobre un médico amigo: *«hombre de amistad inquebrantable, médico de excepción y genuino humanista»* Está caro y es evidente, que coincide con la actitud del Dr. Sillero.

Ahora se que se le ha requerido para formar parte de la Real Academia de Veterinaria y que en breve hará su discurso de ingreso.

PERSONALIDAD DE REFERENCIA. José M^a es un gran amigo de sus amigos; siempre atento a los acontecimientos que le rodean, gran escritor en revistas, autor de libros de actualidad (Salud y Vida, Atalaya Médica, ambas en varios volúmenes, Monografías, etc.) cuyo contenido ha sido y es de fácil, concreto y novedoso fuste; articulista, conferenciante y ameno contertulio. Le he acompañado, o hemos intervenido ambos, en bastantes ciudades (Marmolejo, Alcaudete, Úbeda, Castellar, Jaén, Martos, Granada, etc.), para exponer distintos temas de actualidad, dejando en todos los lugares ese sabor de satisfacción por haberle escuchado.

Como alguien dijo, el mejor homenaje que se le puede hacer a un hombre de estas características, es leer sus libros, comentar cuanto en ellos se encuentra. Sus lecturas nos dan a conocer la categoría humanística que envuelve su producción.

Unamuno contó en su día: *«El mejor monumento al maestro está en el corazón de sus discípulos»*; y en el de sus enfermos, diría yo; fue y es simplemente eso: un maestro de la medicina. Y el Presidente de la Real Academia de Medicina de Sevilla en homenaje a otro eminente médico (en esta ocasión me adjudico la cita y le pongo nombre): *«el Dr. Sillero sabe echar raíces y crear vínculos con la gente. Es muy difícil no ser amigo suyo»*

Todos sus archivos están ordenados de manera impresionante y pulcra. Autor al que hay que recurrir como fuente inagotable del saber. Personalmente consulto a él cualquier trabajo tanto de publicación como de relato oral; pero sobre todo es un hombre atento con los testigos que le rodean creyendo en la bondad de todos y ayudando a cuantos se lo solicitan. Hombre que huye de la maledicencia y de los comentarios adversos que puedan hacerse hacia compañeros en particular. José M^a posee el raro ejemplo de los seres humanos que tienen la gran virtud de alegrarse del bien de los demás, al tiempo que perdona con la misma rapidez a los que alientan una posible mezquindad, Alguna cita recuerdo: *«las grandes mentes discuten ideas; las mentes promedio discuten eventos; las mentes peque-*

ñas *critican a la gente*». Una mente clara y generosa como la de José María no encierra más que bondad, gratitud, convicción y sosiego

Asimismo, significaría, se trata de un hombre bueno, hombre fundido, conciliado, armonizado y unido a su inseparable Conchi, enamorada y paciente esposa. Siempre se suele recurrir a los tópicos para expresar las cualidades y función de la esposa cuando se trata de un gran hombre, en este caso, bajo mi punto de vista, y creo que soy conocedor de ello, Conchi, en la sobra, ha sido una persona activa, precisa, práctica, singular, sosegada, paciente y eficaz, que ha sacrificado muchos ratos de su ocio en beneficio de su esposo, hombre sumido en su profesión. Pero la verdad es que siempre la conocí feliz y sonriente, no entiende que se pudiera vivir de otra manera. Y es que sus cualidades de bien hacer se trasladaron también a este ambiente familiar; su fruto se hizo presente en dos hijas de las mismas actitudes de sus padres, conductas que llevaron a sus quehaceres profesionales sobre saliendo en las mismas (una Jefa de Servicio de Salud y otras como excelente Secretario Judicial)

Sillero, además, es un hombre creyente que se traduce en sus acciones personales y profesionales, donde lleva implícito el carácter de su conducta moral y deontológica. Recuerda en la tertulia con asiduidad, que la Iglesia participa en miles de hospitales y estructuras sanitarias en todo el mundo; una Comunidad que se preocupa por la salud integral de la persona. Y es que hemos de reconocer que la virtud eclesial va más allá de la atención del problema físico, pues en el mismo orden de identidad diría, que la iglesia, como el médico, escucha y acompaña al enfermo; y ello es así porque no se trata de la atención somática en exclusividad sino también de la intimidad, de otra manera nos quedaríamos a la mitad de idóneo desempeño. Es decir, la vertiente humana, el apoyo espiritual, el sentido de serenidad y paz sirve como coadyuvante de la medicación. Sillero mantenía esta actitud a la cabecera del paciente, le apoyaba con su saber médico animándole con la conciencia de buen samaritano y creyente.

Nuestro amigo se confiesa ser un lector de las páginas de la Biblia de las que saca partido buscando la atención a los enfermos y a los necesitados de tan remota época. Lo señala en una excelente Monografía donde estudia detenidamente, no sólo los enfermos tan particulares que se detallan en el Gran Libro, sino que analizando y estudiando los signos que de forma arcaica se describen, da su opinión sobre el posible diagnóstico de la enfermedad y la actualiza magistralmente con las anotaciones prácticas del experto.

Su convicción y ejemplo son indudables en la actitud como médico cristiano, actitud que esgrime como instrumento contra la muerte, pues su convencimiento es poner los medios y mecanismos pertinentes de supervivencia; por tanto un decidido defensor de la vida como lo ha demostrado en los debates sobre la Eutanasia, Estado Vegetativo Persistente, Tabaco, SIDA, aborto, etc. Y en este sentido, como indica el MI. Canónigo Emérito Don Miguel Funes: *«El Doctor Sillero recoge en su escritos alguna de las distintas fuentes en la que se apoya el derecho a la objeción de conciencia, como el Art. 16 de la Constitución Española, las declaraciones de la Comisión de Ética Médica y de Deontología Médica de la Organización Médica Colegial, el Art. 18 de la Guía Médica Europea que dice: «Es conforme a la ética que el médico, en razón de sus convicciones personales, se niegue a intervenir en procesos de reproducción o en casos de interrupción de la gestación o abortos»*

Otro tanto podría ofrecerse respecto a la Eutanasia; y añadido: *Artículo 28.- 1. El médico nunca provocará intencionadamente la muerte de un paciente ni por propia decisión, ni cuando el enfermo o sus allegados lo soliciten ni por alguna otra exigencia. La eutanasia u «homicidio por compasión» es contraria a la ética médica...*

Triste panorama se vislumbra en los años que siguen, donde, y no hay más remedio que pensarlo, la sociedad cada días más enferma por carecer de estímulos espirituales, ha de necesitar de una UCI de rehabilitación interior; una sociedad que trata a sus semejantes como entes de uso domesticado, donde sólo es válido vivir al día con grandes dispendios materiales y desórdenes morales, pensando en exclusividad en el disfrute de cada día sin tener presente los valores individuales, íntimos y comunes. ¿No serán despóticas las razones ideológicas que pretenden anteponer el lucro propio sobre a la esencia irrenunciable de la colectividad? ¿En que se diferencia esta actitud de la política de centro Europa de los años cuarenta del siglo pasado? ¿Qué opinaran las generaciones venideras sobre el sistema? ¿Se abochornarán de su génesis al sentirse herederos de unos progenitores tan inclementes? Se facilitará el aborto sin discriminación de tiempo de embarazo. Muchos pueden pensar ¿Porqué se facilita el aborto hasta un día determinado y al siguiente no? ¿Porqué no matarlo entonces al nacer? ¿De verdad es un derecho de la mujer que considera al ser que tiene dentro como un «ocupa» que hay que eliminar? Entre tanto hay familias que van a otros países para adoptar niños, y otro se abandonan en contenedores, esquinas de calles o portales siempre inclementes.

¿Qué pasará en el otro extremo de la vida, con los de la 3ª edad o enfermos de dolencias largas? Que nos asista el Creador si nos hacemos

viejos o enfermamos en estas condiciones. Y, a este paso, es posible que se supriman los especialistas en Cuidados Paliativos si se impone el suicidio «conducido» o su verdadero nombre: la Eutanasia. El grave problema está en el ambiente y es que la sociedad no reacciona, lo ve como normal cuanto sucede o está sucediendo en tan poco tiempo. Rara es la familia que se detiene en la reflexión de cuanto ocurre a esta velocidad de vértigo y que parece no tener fin

Perdón por estos polémicos argumentos y aventuradas preguntas en voz alta. Tras este paréntesis de turbado atrevimiento, continúo con mi apunte sobre José María, quien sé que comulga con estas ideas, pues siempre estuvo dispuesto a defender la realidad de la situación del que sufre, haciéndole ver que, ante todo, debe confiar en el médico. Paciente al que él, en ocasiones, procuraba hacerle participe de sus propias diversiones (es un forofo del Real Madrid) tratando de desviar la posible situación crítica. Y es que siempre potenciaba la serenidad, la honestidad, autoestima y la esperanza.

ASPECTOS EXTRAMÉDICO. Su preocupación social y política, con una gran visión democrática, lo ha llevado en la actualidad a ser intransigente



con la actitud indolente de los responsables de las instituciones, destacando su coherente visión y sensibilidad social en los problemas de la ciudad y aspectos fundamentales como la salud, educación, servicios públicos y empleo. Así lo argumenta en algunos escritos periódicos de los medios informativos, y es que se trata de un hombre dedicado e interesado por la sociedad

y su bienestar.

Desearía trasladar una reflexión ya citada en el día de su homenaje: ¡Cuál satisfacción debe experimentar en la cima de su conocimiento al contemplar el impresionante espectáculo de su gran labor a lo largo de los años!

Más y más cantidad de papel podría rellenar escribiendo sobre nuestro amigo, pero soy consciente que he de ajustarme a la extensión que me había recomendado el profesor Jiménez.

Finalmente, en mi privilegiada atalaya de la ladera sur del Monte Sueve, puesto en pie, camino hacia la balaustrada de la galería (había transcurrido todo un día), distingo las diminutas luces de aquellas lejanas aldeas que desperdigan su luminosidad como luciérnagas en el infinito horizon-



te, donde los vecindarios se apiñan como nidos de tradición y buenas costumbres. El magnífico ocaso seductor invitaba a la abstracción y me permitía ordenar cuanto de alguna manera había trasladado al papel.

En este ambiente, si se quiere un tanto bucólico, y una serenidad vivida en las tierras norteñas, pensé que era un círculo propicio para pensar, y me dio pie para refrescar mi juicio sobre la personalidad del Dr. Sillero.

Reconozco que a cualquiera al que se le hubiera encomendado este trabajo, lo habría ilustrado mas detallada y eruditamente, como se merece el homenajeado, pero es indudable que, en mi caso, han primado el sentimiento, afectividad y certeza de la personalidad de José María. Podrían emplearse expresiones y glosas mejor escogidas y relevantes, pero, como digo, sólo he pretendido dar rienda suelta a mi ánimo y revelar las vibraciones fraternales de las que he procurado servirme.

Alguien dijo: *«Un amigo es una persona con la que se puede pensar en voz alta»*; yo también lo hago en silencio, pues una de las alegrías de la amistad es saber en quien confiar. Aludiendo a una sencilla referencia que en algún momento emplee: *la única fortuna a que debe aspirarse, es la que se obtiene como recompensa de un trabajo honrado y una conciencia digna. En este caso, el arte de la medicina se refleja en sus hechos.* Testimonio que ha cumplido con su esfuerzo José M^a Sillero, pues ha sido y es auxilio para muchos y medicina para todos.

EXÉGESIS FINAL. A José M^a, en más de una ocasión, he creído verle preocupado por el devenir de algún paciente complicado, le he intuido reflexionando sobre una butaca con sus libros delante, así le he sospechado alguna noche de vigilia junto a su compañero eterno e inmutable negro café; o ante la propia cama de un paciente, pensativo y triste, con angustia inevitable por la evolución no deseada de la medicina:

Junto a la cama meditar lo he visto.
Se cuajaba de estrellas su mirada
cuando pedía lo imposible a Cristo.

(Fragmento de Javier del Granado)

Una demostrativa cita de mi maestro, profesor Laín Entralgo, egregio investigador de la Historia de la Medicina, coincide con la actitud de José María Sillero:

«Sobre la fachada del Archivo Nacional de Washington, entre sibilina y prometedoramente, dicen unas letras de bronce: THE PAST IS PROLOGUE. «Tan solo prólogo es el pasado»

En nuestro caso, el prólogo de un futuro en el cual los médicos –como ayer, como hoy– seguirán siendo eficaces agentes de la esperanza terrenal del hombre»

Mi referencia, José María:

Esta mañana desperté ilusionado el lejano horizonte me parecía sosegado ¿Por qué quejarme de mi vigor, si puedo hacer mi labor, percibo que estoy vivo y razono sobre mi amigo?	El pasado allá quedó, es añoranza, el futuro es viento, pero de esperanza sensacional es el presente, es alegría, pues tengo un amigo leal: José M ^a .
---	---

GRANDES MÉDICOS DE NUESTRO SIGLO XX

Permítaseme adjuntar la figura de nuestro entrañable José María al círculo de los grandes hombres de la historia médica de nuestro país.

